

EL ATLANTE.

*Aquel pueblo es verdaderamente libre
donde las leyes mandan y los hombres obedecen*

S^c Atanacio O. y D.

NOTICIAS DE LA PENINSULA.

Con referencia á papeles ingleses recibidos por el vapor que llegó antes de ayer, y en los que parece, se dan noticias de Madrid hasta el 8, se dice que nuestras tropas del ejército de Aragon, habian batido en dos encuentros distintos, á la division facciosa procedente de Navarra haciendoles en el primero 300 prisioneros.

La faccion del Conde Negri, despues del descabro, que le habia ocasionado el general Latre, se dirijia ácia los montes de Toledo, sin duda con intencion de unirse á D. Basilio, pero nuestras tropas le seguian el alcance, y en Madrid no habia temores algunos, por aquel movimiento.

Pasó en el Congreso de Diputados la ley del empréstito por una mayoría de mas de 400 votos contra 10; y tambien ha sido aprobada en el Senado, sin embargo de la oposicion de algunos oradores.

Mucho debe progresar el ramo periodístico, si lo hemos de juzgar por el aumento de la cofradia Hoy tenemos en Madrid once periódicos diarios de todas clases y colores, y ademas otros semanarios y mensuales, y van á salir otros tres mas que sepamos. El uno será diario con el título de El Graduador, y comenzará el 1^o de abril. Saldrá por las tardes, y parece que será de carácter jocoso. El otro titulado El Amigo del pueblo, saldrá en forma de folleto dos veces á la semana, y contendrá noticias y artículos de politica. La Revista militar, se publicará mensualmente, redactándola el señor San Miguel, de cuya buena pluma nos

prometemos lucido desempeño. Tratará esclavivamente de la guerra en general y de la civil que nos destroza.

La Gaceta de ayer inserta un estado de las fincas de bienes nacionales vendidas en el mes de febrero último. Asciede su número á 215, que siendo su valor en tasacion 6940, 345 rs. 24 mrs., han producido en venta 12.266, 354 rs. 24½ mrs. Resulta pues que el Total de fincas vendidas hasta fin del referido mes asciede á 7242, que es tando tasadas en 295.076, 848 rs. 44 mrs., han producido 525, 384, 545 reales y 22½ mrs.

EPISODIOS DE LA REVOLUCION FRANCESA.

III.

Mis relaciones con Devaux, tuvieron origen como he dicho en una circunstancia notable.

En uno de los dias de mediados de Octubre me hallaba de guardia en el Temple; el paesto que ocupaba se hallaba situado á unos cincuenta pasos en frente de la torre, á la derecha habia un escampado, que se estendia á lo largo del muro á que estaba la torre unida; ninguna traza de cultura existia en aquel terreno; solo se veian algunos árboles casi deshojados por el viento de otoño; á este estéril pedazo de tierra era donde se permitia á la infortunada familia real, bajar á pasearse una vez al dia, de la 1 á las 2, para respirar estos momentos el aire libre; pronto la vamos á ver llegar.

En efecto, á la una en punto, se oye el ruido de los cerrojos, la puerta gira sobre sus pesados gonzes, y dos carceleros se presentan, con el bonete rojo en la cabeza, y un grueso manojó de llaves en la mano; y se colocan uno a cada lado de la puerta. En seguida salen cinco ó

seis comisarios, de la municipalidad, detras de ellos la familia real y cerrando la marcha otros cinco ó seis comisarios. Casi todos estos comisarios se hallaban cubiertos, como los carceleros, de bonetes rojos, y la suciedad de sus vestidos hacian mayor el horror que inspiraban. Uno de ellos de oficio albañil, llevaba su vestido de trabajo, su mandil de cuero, y un sombrero de suela barnizado. Allí se dijo que este albañil llamado Mercerault, era el mismo que quiso en la tarde del 3 de Setiembre, obligar á Luis XVI á que saliera á ver la cabeza de la princesa de Lamballe. De todos los comisarios era el mas insolente, tuteaba á todo el mundo, incluso al monarca mismo, á quien le dirigia á menudo las palabras mas ultrajantes. Un dia entre otros, manifestando el caido monarca delante de él, sus temores acerca de la solidez de la cúpula del Panteon; dijo: no tengas miedo Capet, ella dudará mas tiempo que tu y tu raza.

Bajo la escolta y vigilancia de tales gentes, empezaron el paseo el rey y su familia. En este momento todas las ventanas de las casas vecinas, desde donde podia verse el interior del Temple se llenaron de gente, y la puerta de entrada cerca de la cual se hallaba mi puesto, y que con grande estrañeza de todos habia quedado abierta, se vió tambien encumbrada de gente. El rey la reina y madama Elisabeth, se paseaban yendo y volviendo constantemente en una misma linea, desde un extremo al otro del jardin; el Delfin y su hermana, corrian juqueleando uno en pos de otro; algunas veces la jóven princesa se acercaba á su padre le cogia una mano, y daba una ó dos vueltas á su lado. El rey se paseaba con la cabeza inclinada al suelo, y observé á la reina llevar muchas veces el pañuelo á los ojos, sin duda para enjugar sus lágrimas; otras muchas y harto mas amargas, le quedaban

aunque verter!

A la vista de un espectáculo tan doloroso, no pude menos de prorumpir en voz baja, dirigiéndome á un amigo que quedaba á mi lado: que aquellos que se lamentan de su suerte, que hechan de menos su fortuna perdida, y sus grandezas eclipsadas, vengan aqui; contemplen á Luis y den gracias al cielo.

Apenas hube acabado la frase, me siento tocar en el hombro, vuelvo la cabeza, y un hombre á quien no conocia, me dice en voz baja; sois un bravo jóven, pero callaos; y se aleja sin aguardar contestacion.

Yo he leído en algunas memorias de aquel tiempo, que el paseo diario del rey, era la ocasion de que recibiese nuevos insultos; asi fue sin duda mas de una vez; mas afirmo que en el dia de que he hablado no sucedió asi, Asi en el interior del Temple, como exteriormente, un lúgubre silencio reinaba veíase pintado el asombro en algunos semblantes, en otros una estúpida indiferencia; en bastantes el enternecimiento, y en no pocos, señales inequívocas de respeto. Media hora habia transcurrido, cuando llego Santerre y acercandose al rey quitandose el sombrero, le dijo algunas palabras, que no estabamos al alcance de poder entender, y haciendo una señal á los municipales, condujeron todos al rey y su familia á la torre.

Poco despues, salió Santerre con sus ayudantes, y dirigiendose despues ácia nosotros, y observando el tropel de gente que se hallaba aun en la puerta; que se disperse, dijo, en el instante a toda esa canalla; y la canalla sin aguardar á que se la dispersara hecho á huir en todas direcciones. Dirigiendose en seguida á uno de sus ayudantes de campo, ¿porque se halla abierta esta puerta? Le pregunta.—Mi comandante lo está varias veces; no habreis reparado en ello.—Que se cierre al momento, y no vuelva á abrirse ¿y que hacen en las ventanas esos j...f...aristocratas?—Salen siempre á ver al ex-rey cuando pasea.—Sin duda manteniendo alguna correspondencia para librarlo; yo podré orden.

Verdaderamente, no comprendo como hasta entonces, no habia llamado la atencion aquella puerta abierta, y guardada con sobrada negligencia; por la que un centenar de hombres, bien armados y resueltos habieran podido, sin grandes obstáculos que vencer arrancar de

su prision al rey y su familia durante el paseo; siendo de admirar que aquellos que tantas veces intentaron libertar al rey cuando se hizo imposible; no lo hubiesen probado, cuando este proyecto era á lo menos practicable.

Mientras la puerta se cerraba por la orden de Santerre, permaneciamos nosotros enfrente del cuerpo de guardia.—¿Y vosotros que haceis aqui? nos dijo; este no es vuestro puesto, entrad, y que individuo alguna salga á fuera excepto los centinelas.

En el cuerpo de guardia habia un busto de Bruto; yo me hallaba leyendo un distico escrito en el pedestal, cuando se acerco á mi un dicipulo de David, que habitaba en mi casa diciendome ¿que os parece este Bruto?—Un poco severo—Precisamente; parece aniquilar con sus miradas á los nuevos Tarquinos.—¿Y donde se hallan esos Tarquinos? Esta interpelacion le fue dirigida, por la persona que poco antes me habia recomendado la prudencia, y que en esta ocasion se separaba un poco de ella.—¿En donde estan? Si vuestros ojos pudieran atravesar los muros del torreón, los veriais en la mesa; por que el jefe de la familia no es hombre que pierda bocado en cualquiera circunstancia que se encuentre.—He oido siempre decir que la desgracia, tiene algo de sagrado y respectable. veo ahora que no para todos.—El que la merece, no tiene derecho á la piedad.—Algunos deben considerarse dichosos si la inspiran.—Sois un aristócrata.

La conversacion tomaba un aire borrascoso para Devaux (era él el que hablaba) por fortuna nos llamaron á las armas, para ser relevados por una compañía del batallón de Gravilliers, que Santerre habia hecho venir por inspirarle mas confianza que los que estabamos en el puesto, aunque era tal el temor de que fuesen las guardias seducidas, que se hacian relevar, cada cuatro, ó cinco horas, alguna estuvo solo media y ninguna llegó á las 24.

(Se Continuará.)

BIOGRAFIA DEL CARDENAL JIMENEZ.

Concluye este artículo.

Los enemigos de la inquisicion mas bien que del Cardenal Jimenez, le acusan de que durante los once años en que fue inquisidor general fueron condenadas mas de cincuenta mil personas; pero lo,

misimos que alegan esto confiesan, que el cardenal Mendoza, por consejo de su vicario general y consejero Jimenez, se habia opuesto al establecimiento de aquel odioso tribunal; prueba de que Jimenez, cuando inquisidor, no pudo resistir los abusos de aquel siglo encubiertos con la religion. En la biblioteca de San Isidoro en Madrid se conserva un manuscrito del cardenal Jimenez titulado "Gobierno de Príncipes" y dedicado a Carlos de Austria, ó Carlos I en España, en el que muestra los abusos de la inquisicion, y particularmente las formas secretas de sus procedimientos, proponiendo reformas muy sabias.

El Cardenal habia llegado ya á cerca de sus 80 años, y aunque muy enfermo continuaba en la administracion de la regencia, con el colega Adriano, obispo de Utrecht, y preceptor que habia sido del príncipe Carlos; pero oponiendose siempre con firmeza á la ambicion de los cortesanos Flamencos lo que produjo al fin su desgracia, si puede ser desgraciado el último paso de un grande hombre, y en la mayor ancianidad, á su sepulcro. Todos los hechos de su administracion habian sido dirigidos al bien de su nacion y al interes del rey en su minoridad; pero seducido el príncipe, cuando declarado ya de edad y que podia mandar, escribió una carta al anciano y patriota Cardenal diciendole, que cesase en entender en los negocios del estado, y se retirase á su arzobispado á descansar como tanto habia deseado. Aflijido al ver tanta ingratitud, y mas quizás con la idea de que la rapacidad de los Flamencos iba á quedar sin barrera que la contuviese, murió pocas horas despues de haber recibido el frio despacho autógrafo en 1517, á los 81 años de su edad.

El Cardenal Jimenez poseia en alto grado las cualidades de un gran político, sagacidad, prudencia y firmeza: con la primera prevenia muy de antemano los acontecimientos posibles; con la segunda calculaba lentamente las medidas convenientes para asegurarlos ó evitarlos; y con la tercera hacia ejecutar con tanta prontitud como exactitud lo que una vez estaba ya resuelto. En medio del desorden en que se hallaban las coronas de Aragon y Castilla, al tiempo de su union en el reinado de una princesa demente, arregló las contribuciones, pagó la deuda nacional, re-

cohró las tierras y pueblos usurpados á la corona de Castilla, y mantuvo el órden público. Fue acusado de orgullo y severidad, porque humilló con mano fuerte la soberbia de los grandes; no es á la verdad orgulloso el caracter de un ministro humilde que abate la arrogancia de los nobles desmandados, ni severa la administracion que solo busca hacer obedecer la ley. El Cardenal Jimenez era en efecto un grande hombre, y su vida y administracion han merecido los elogios de los mas ilustres escritores en los dos últimos siglos.

LOS BUEYES HOTENTOTES.

Los Hotentones tienen una habilidad, ó mas bien paciencia, admirable para domesticar á sus bueyes. No solo los someten con facilidad al yugo ó á la carga, mas los enseñan á ser útiles en gran variedad de modos. Estos animales son tan favoritos como sus perros, pues que viven dentro de sus ranchos, y son sus compañeros en viajes, en diversiones y hasta en sus guerras. Mejorada la condicion de aquellos bueyes por el buen trato que reciben, adquieren sensibilidad é inteligencia, haciendo acciones que parecen increíbles á los que no han tenido oportunidad de observarlas. Hay algunos enseñados á guardar el ganado, y defender á los otros animales del ataque de las fieras, ó de los estraños que intentan robarlos, conociendo á todos los habitantes del *Kraal*, ó lugarcillo, y distinguiendo á los Indios de otros pueblos. Aquellos pueden acercarse y aun separar á una vaca ó ternera, suponiendo en su instinto que no harán esto sin conocimiento del amo; pero si un desconocido tentara entrar-se en la manada, quedaría muerto á cornadas. Entienden las señales del amo ó capataz, y cuando están paciendos, á un cierto grito ó señal, corren á juntar á los mas distantes para traerlos al rodeo. Pero lo mas singular es que los enseñan á la guerra, como los Europeos á los caballos, y los Asiáticos á los elefantes. Formados en fila en las batallas, aguardan la señal de ataque, cuando parten al enemigo con una impetuosidad irresistible, derribando todo á cornadas, patadas, y hollando con los pies con una furia increíble. Desbaratando así el ejército enemigo, facilitan la victoria á sus amos.

Los que han visto las guias y cabestros amaestrados en Andalucía

para los encierros que preceden á las fiestas de toros, no dudarán de la posibilidad de amansar bueyes de aquel modo. La guia sabe que ha de ir detras del caballo del encerrador principal, y los cabestros ocupan su lugar al rededor de los toros para meterlos en el corral. Si algun toro muestra repugnancia á aquel viaje, sospechando algun peligro, luego le observan los cabestros, haciendole la guardia como alguaciles; y si intenta escaparse, luego es alcanzado y traído al peloton, y al acercarse al corral, los cabestros se forman en filas á los lados hasta que todos los toros entran siguiendo á las guias. Si esto hacen unos bueyes con poca enseñanza, ¿qué no harán aquellos que comen y viven en los ranchos de los Hotentotes?

ABOGADOS.

La profesion del foro entre los Romanos como entre nosotros era muy honrosa, consistiendo en hacer hablar las leyes á favor de los oprimidos. Este honor ha grangeado á los abogados la estimacion entre todas las naciones, y ni las sátiras de Quevedo, sarcasmos de otros, ni burlas de muchos podrán jamás degradar á los buenos letrados. Todas estas invectivas no son generalmente mas que agudezas y equívocos de palabras.

Un abogado Italiano estaba defendiendo la causa de un hombre á quien una soltera acusaba de ser el padre de un hijo que habia tenido; y como se estraviaba con argumentos que no hacian al caso, le dijo el juez con mucho ahinco: "Señor licenciado, hable vm. sobre el hecho, y nada mas que del hecho." Picado el abogado con la reprehension, concluyó con impaciencia diciendo: "El hecho Sr., es que atribuyen á mi cliente haber hecho un hijo á esta muger, pero él niega haberle hecho; este es el hecho y nada mas del hecho."

Un abogado muy pedante, en una causa de querrela entre dos aldeanos, principió á hablar sobre la guerra de Troya, cuando el abogado de la parte contraria le interrumpió diciendo: "Creo mi deber recordar al tribunal, que mi cliente no es Hector ni Aquiles, sino el tío Juan de la charca de la Cañada."

Un abogado ganó un pleito de

importancia á favor de una jove que habia tenido cinco amantes, pero que no la habian enriquecido. No teniendo la jòven dinero para pagar propinas, y preciandose de generosa dijo á su defensor que ella no tenia otra cosa que ofrecerle sino su corazon; el abogado que era un hombre prudente le respondió que el no tomaba esas especies, que las reservase para el relator.

Habiendo un abogado comenzado su discurso: "Jerjes tenia un ejército de un millon de hombres, el presidente, viendo que iba á entrar en un largo próambulo, le interrumpió diciendole: "Haga vm. por Dios, pasar pronto ese inmenso ejército, porque de otro modo asolará al país."

Estando enfermo otro abogado, hizo su testamento dejando todo su caudal á la casa de los locos; el notario le preguntó la razon, y lo que el abogado respondió: fué "Mi conciencia me dicta restituir mi dinero á aquellos de quienes lo he recibido."

El presidente de una Audiencia preguntó un dia á un abogado que defendia una causa al parecer injusta, porqué tomaba á su cargo malas causas. "Señor," respondió el abogado, "he perdido tantas causas buenas en este tribunal, que no se verdaderamente cuales tomar."

El diario de *Avranches* cuenta lo siguiente — Una escena terrible acaba de consternar á los leales de la municipalidad de La Fresté Fresnet, un medianero sentado á la mesa de una taberna del pueblo vendió en presencia de varios bebedores, á un propietario de un pueblo inmediato, un puerco cuya venta fue fijada para el miercoles entrante y sancionada por algunos tragos de sidra segun costumbre antigua, y en seguida comprador y vendador se levantaron: caminando el comprador reflexiono que una instancia judicial le llamaba á los últimos dias de la semana á la capital del arondissement y que le seria comodo adelantar de un dia el momento donde el animal le sería remitido.

El vendedor consintió; y en efecto, el martes por la noche se retiraba á su casa despues de haber hecho la entrega al comprador del animal inmundo Iba ha separarse del camino real, de cuya casa estaba

poco distante cuando un conductor de osos lo encuentra y le pide hospitalidad. En otra circunstancia el melancólico hubiera podido titubear en admitir semejantes huéspedes; pero la noche se adelantaba y la brisa de febrero soplaba áspera y glacial; al mismo tiempo se acordó que el cuarto de su cerdo estaba vacante, y se determinó á conceder abrigo para la noche al conductor y á su salvaje compañero. Llegados que fueron á la casa el oso fue encerrado, donde su amo después de haberle quitado el bozal, le da de comer, y el industrioso nomada recibe asiento al rededor del fuego, en la cama según las leyes de la rústica hospitalidad. La noche se cierra, sin embargo dos bebedores que no habían olvidado la convención del domingo, se preparaban jovialmente á robar el puercito antes que el trato fuese concluido. El uno salta la lalla del corral, detrás de la cual el otro se esconde, y se dirige acia la morada del cerdo en la cual se introduce poco á poco.

Lo que se pasó entre el feroz animal y el hombre, se conoció por la sangre los pedazos de carne y los huesos hechos pedazos que por la mañana se encontraron. El otro ladrón inquieto de no escuchar la voz con venida entre los dos, se atrevió á acercarse acia la casa conociendo que todas estaban profundamente dormidos; llama en voz baja á un compañero: silencio. Se determina á penetrar en el cuarto; pero apenas tenía dentro la mitad del cuerpo que el feroz animal engolosinado con el gusto de la sangre se arroja con furor sobre él. El desgraciado después de haber debatido un instante de los dientes y uñas que lo destrozan alcanza, por un esfuerzo desesperado ha escapar de la rabia de su cruel enemigo pero la sangre que pierde por sus innumerables heridas, no le permite huir y cae en el jardín donde los medianeros despertados por el ruido del último combate, vienen á recogerlo. El desgraciado ha sucumbido al día siguiente entre horribles y atroces dolores.

DE LA ELOCUCION PARLAMENTARIA.

El publicista satírico Timon ha escrito de esta materia; y aunque sus retratos políticos no lisonjean al original, fuerza es decir que son parecidos. Su pincez procura afe-

lo que copia sin perjudicar á la semejanza, así como el cuidado de otros pintores suele ser embellecer la naturaleza. Pero los mismos que se miran afeados no pueden desconocer la analogía, y se ríen de sí mismos aunque ven sus imperfecciones agrandadas como en un espejo de aumento.

No hablaremos ahora de los retratos, sino de las lecciones que da el autor de la elocución parlamentaria; asunto que no parecerá fuera de propósito ahora que acaban de reunirse dos asambleas políticas y se descubren nuevos atletas parlamentarios. Esta parte de la obra de Timon es menos conocida, pero tiene la ventaja de enseñar con muy atinados preceptos sacados de una profunda observación, sin tener la sátira picante y á veces dura de las personalidades. Así espone el escritor los principios, costumbres y reglas de la elocución parlamentaria.

Cuatro cosas hay que considerar en la elocución parlamentaria: 1ª el carácter de la nación; 2ª el genio de la lengua; 3ª las necesidades políticas y sociales de la época, y 4ª la fisonomía del auditorio.

Si el carácter de la nación es taciturno y frío como el de los americanos y los ingleses, es difícil moverlos; porque dotados de una gran paciencia, ni se cansan de hablar ni de oír, y se sientan para escuchar á un orador horas y horas como para comer y para beber.

Si por el contrario la nación es irritable y ligera como la francesa, bastará tocar á los oyentes para que se crean heridos y pegarles con la mano en el hombro para que vuelvan la cabeza. Los discursos largos fastidian á los franceses, y cuando un francés se fastidia se levanta y se vá; si no puede irse cuchichea con el que tiene al lado, y si no puede cuchichear bosteza y se duerme.

En segundo lugar se ha de atender al genio de la lengua. Si esta silva y es dura y áspera al oído como la inglesa, se deberá cuidar menos del estilo que de las ideas; porque entonces ni chocan las trasposiciones ni la colisión de letras. Si lo permitiere la índole de la lengua, esto de reservar para lo último el verbo ó la palabra de más interés tiene la ventaja de mantener suspensa la atención hasta el final. También es lícito valerse de figuras usadas, de frases proverbiales, y aun de términos bajos con tal que sean expresivos, porque lo que en este caso perdiere el discurso en auste-

ridad y en conveniencia lo ganará en sinceridad y energía.

Si la lengua es pomposa y dulce como la española ó la italiana se buscará la sonoridad de la expresión y la armonía de las terminaciones; porque en los pueblos de organización música es forzoso lisonjear el oído al paso que se satisface el entendimiento.

Pero si es elegante y correcta como la francesa, es necesario para hablarla en público prepararse de antemano y tener cierta costumbre; porque si la dición fuese lánguida y descuidada sería fácil incurrir en la monotonía, y siendo precipitada pecar por la confusión. Se evitarán las palabras redundantes, los epítetos ociosos que estorban la efusión del pensamiento, y embarazan la marcha del discurso. Nunca se ha de olvidar que el espíritu de una asamblea de esta clase es tan vivo que penetra el sentido de una cláusula antes de que se acabe, y adivina la intención antes que el orador la acabe de concebir; tan puro que se resiste á los neologismos que no chocarían en Inglaterra; tan delicado que se cansa de las repeticiones por rica y diestra que sea la sinonimia, á no ser que todos estos accidentes esten perfectamente colocados y nazcan de la fuerza misma de la situación.

El escritor habla estensamente de otros puntos, y luego continúa así: Hay tres grandes divisiones de oradores; los que improvisan sin saber lo que van á decir, los que recitan aquello que han aprendido, y los que leen lo que antes han escrito.

(Se continuará.)

Los mayores amigos de saber secretos son aquellos que no pueden guardarlos; los tales codician los secretos, como el prodigo codicia el dinero, para hacerlo circular.—Colton.

La peor de las tiranías es la que oprime el pensamiento.—Segur.

La espada es un malcetro; tarde ó temprano hiere al príncipe que se apoya en ella.—Segur.

Si Dios permite los incrédulos, nosotros debemos tolerarlos.—Clemente XIV.

Editor responsable P. M. RAMIREZ.

Imprenta de EL ATLANTE.